
Tus pies toco en la sombra
y otros poemas inéditos



Seix Barral Biblioteca Breve

Pablo Neruda

Tus pies toco en la sombra
y otros poemas inéditos

Edición, introducción y notas de Darío Oses

Prólogo de Pere Gimferrer

POEMAS DE AMOR

1

Tus pies toco en la sombra, tus manos en la luz,
y en el vuelo me guían tus ojos aguilares
Matilde, con los besos que aprendí de tu boca
aprendieron mis labios a conocer el fuego.
Oh piernas heredadas de la absoluta avena
cereal, extendida la batalla
corazón de pradera,
cuando puse en tus senos mis orejas,
mi sangre * propagó tu sílaba araucana.

* Ilegible (*N. del e.*)

Nunca solo, contigo
por la tierra,
atravesando el fuego.
Nunca solo.
Contigo por los bosques
recogiendo
la flecha
entumecida
de la aurora,
el tierno musgo
de la primavera.
Contigo
en mi batalla,
no la que yo escogí
sino
la única,
Contigo por las calles
y la arena, contigo
el amor, el cansancio,
el pan, el vino,
la pobreza y el sol de una moneda,
las heridas, la pena,
la alegría.
Toda la luz, la sombra,

las estrellas,
todo el trigo cortado,
las corolas
del girasol gigante, dobladas
por su propio caudal, el vuelo
del cormorán, clavado
al cielo
como cruz marina,
todo
el espacio, el otoño, los claveles,
nunca solo, contigo.
Nunca solo, contigo, tierra
Contigo el mar, la vida,
cuanto soy, cuanto doy y cuanto canto,
esta materia

amor, la tierra,

el mar,
el pan, la vida,

Donde fuiste Qué has hecho
Ay amor mío
cuando por esa puerta
no entraste tú sino la sombra,
el día
que se gastaba, todo
lo que no eres,
fui buscándote
a todos los rincones,
me parecía
que en el reloj estabas, que talvez
te escondiste en el espejo,
que plegaste tu loca risa
y la
dejaste
para que saltara
detrás de un cenicero
no estabas, ni tu risa
ni tu pelo
ni tus pisadas rápidas
que corren

Qué entrega a tu mano de oro la hoja de otoño que canta
o vas tú repartiendo ceniza en los ojos del cielo
o a ti te rindió la manzana su luz olorosa
o tú decidiste el color del océano en complicidad con la
ola?

Ha sido la ley de la lluvia cambiar la sustancia
del llanto, caer y elevar, educar el amargo silencio
con lanzas que el viento y el tiempo transforman en
hojas y aromas
y se sabe que el día entusiasta corriendo en su carro de
trigo
es un movimiento florido de un ciclo de sombra en el
mundo
y yo me pregunto si tú no trabajas tejiendo el estaño
secreto
del blanco navío que cruza la noche nocturna
o si de tu sangre minúscula no nace el color del durazno
si no son tus manos profundas las que hacen que fluyan
los ríos
si no hacen tus ojos abiertos en medio del cielo en verano
que caiga del sol a la tierra su espada amarilla
Entonces recorre su rayo cruzando tu copa incitante
arenas, corolas, volcanes, jazmines, desiertos, raíces

y lleva tu esencia a los huevos del bosque, a la rosa furiosa
de los abejorros, avispas, leones, serpientes, halcones
y muerden y pican y clavan y rompen tus ojos llorando
pues fue tu semilla en la tierra, tu ovario impetuoso
el que repartió por la tierra la lengua del sol iracundo.

Reposa tu pura cadera y el arco de flechas mojadas
extiende en la noche los pétalos que forman tu forma
que suban tus piernas de arcilla el silencio y su clara
escalera

peldaño a peldaño volando conmigo en el sueño
yo siento que asciendes entonces al árbol sombrío que
canta en la sombra

Oscura es la noche del mundo sin ti amada mía,
y apenas diviso el origen, apenas comprendo el idioma,
con dificultades descifro las hojas de los eucaliptus.

Por eso si extiendes tu cuerpo y de pronto en la sombra
sombría

asciende tu sangre en el río del tiempo y escucho
que pasa a través de mi amor la cascada del cielo
y que tú formas parte del fuego que corre escribiendo mi
genealogía

me otorgue tu vida dorada la rama que necesitaba,
la flor que dirige las vidas y las continúa,
el trigo que muere en el pan y reparte la vida,
el barro que tiene los dedos más suaves del mundo,
los trenes que silban a través de ciudades salvajes,
el monto de los alhelíes, el peso del oro en la tierra,
la espuma que sigue al navío naciendo y muriendo y el ala
del ave marina que vuela en la ola como en un
campanario.

Yo paso mi angosta mirada por el territorio terrible
de aquellos volcanes que fueron el fuego natal, la agonía,
las selvas que ardieron hasta las pavesas con pumas y
 pájaros,
y tú, compañera, talvez eres hija del humo,
talvez no sabías que vienes del parto del fuego y la furia
la lava encendida formó con relámpagos tu boca
 morada,
tu sexo en el musgo del roble quemado como una sortija
 en un nido
tus dedos allí entre las llamas, tu cuerpo compacto
salió de las hojas del fuego y en eso recuerdo
que aún es posible observar tu remoto linaje de
 panadería,
aún eres pan de la selva, ceniza del trigo violento.

Oh amor, de la muerte a la vida una hoja del bosque,
 otra hoja,
se pudre el follaje orgulloso en el suelo, el palacio
del aire y del trino, la casa suntuosa vestida de verde
decae en la sombra, en el agua, en el escalofrío.
Se sabe que allí germinaron en la podredumbre mojada
semillas sutiles y vuelve la acacia a elevar su perfume en
 el mundo

Mi amor, mi escondida, mi dura paloma, mi ramo de
 noches, mi estrella de arena,
la seguridad de tu estirpe de rosa bravía
acude a las guerras de mi alma quemando en la altura la
 clara fogata
y marchó en la selva rodeado por los elefantes heridos,
resuena un clamor de tambores que llaman mi voz en la
 lluvia

y marchó, acompasó mis pasos a mi desvarío
hasta ese momento en que surge tu torre y tu cúpula
y encuentro extendiendo la mano tus ojos silvestres
que estaban mirando mi sueño y la cepa de aquellos
quebrantos.

La hora delgada creció como crece la luna delgada en su
cielo
creció navegando en el aire sin prisa y sin mancha
y no supusimos que tú y yo formábamos parte de su
movimiento,
ni solo cabellos, idiomas, arterias, orejas componen la
sombra del hombre
sino como un hilo, una hebra más dura que nada y que
nadie
el tiempo subiendo y gastando y creciendo en la hora
delgada.

Buscando los muros de Angol a la luz del rocío en la
niebla
supusimos que ya no existían, quedó devorado en la
guerra
el bastión de madera maciza y apenas surgía en la luz
moribunda
la sombra o la huella o el polvo de un hueso quemado.
Los bosques del Sur soñoliento cubrieron con
enredaderas
la guerra y la paz de los muertos, la ira y la sangre
remota

Sesenta y cuatro años arrastra este siglo y sesenta
en este año llevaban los míos, ahora
de quién son los ojos que miran los números muertos?

Quién eres amigo, enemigo de mi paz errante?
Sabes cómo fueron los días, la crónica,
las revoluciones, los viajes, las guerras,
las enfermedades, las inundaciones, el tiempo que a
veces pareció un soldado vencido,
cómo se gastaron zapatos corriendo por las oficinas de
otoño,
qué hacían los hombres dentro de una mina, en la altura
plateada de Chuquicamata
o en el mar antártico de Chile infinito dentro de un
navío cubierto de nieve

No importa, mis pasos antiguos te irán enseñando y
cantando
lo amargo y eléctrico de este tiempo impuro y radioso
que tuvo
colmillos de hiena, camisas atómicas y alas de
relámpago,
para ti que tienes los ojos que aún no han nacido
abriré las páginas de hierro y rocío de un siglo maldito y
bendito,
de un siglo moreno, con color de hombres oscuros y
boca oprimida
que cuando viví comenzaron a tener conciencia y
alcantarillado,
a tener bandera que fueron tiñendo los siglos a fuerza de
sangre y suplicio.

Por el cielo me acerco
al rayo rojo de tu cabellera.
De tierra y trigo soy y al acercarme
tu fuego se prepara
dentro de mí y enciende
las piedras y la harina.
Por eso crece y sube
mi corazón haciéndose
pan para que tu boca lo devore,
y mi sangre es el vino que te aguarda.
Tú y yo somos la tierra con sus frutos.
Pan, fuego, sangre y vino
es el terrestre amor que nos abrasa.

Corazón mío, sol
de mi pobreza,
es este día,
sabes?
este día,
casi pasó olvidado
entre una noche
y otra,
entre
el sol y la luna,
los alegres deberes
y el trabajo,
casi pasó
corriendo
en la corriente
casi cruzó
las aguas
transparente
y entonces
tú en tu mano
lo levantaste
fresco
pez
del cielo,

goterón de frescura,
lleno
de viviente fragancia
humedecido
por aquella
campana matutina
como el temblor
del trébol
en el alba,
así
pasó a mis manos
y se hizo
bandera
tuya
y mía,
recuerdo,
y recorrimos
otras calles
buscando
pan,
botellas
deslumbrantes,
un fragmento
de pavo,
unos limones,
una
rama
en flor
como
aquel
día
florido
cuando
del barco,

rodeada
por el oscuro
azul del mar sagrado
tus menudos
pies te trajeron
bajando
grada y grada
hasta mi corazón,
y el pan, las flores
el coro
vertical
del mediodía,
una abeja marina
sobre los azahares,
todo aquello,
la nueva
luz que ninguna
tempestad
apagó en nuestra morada
llegó de nuevo,
surgió y vivió de nuevo,
consumió
de fresca el almanaque.
Loado sea el día
y aquel día.
Loado sea
este
y todo día.
El mar
sacudirá su campanario.
El sol es un pan de oro.
Y está de fiesta el mundo.
Amor, inagotable es nuestro vino.